

Alégrense en el Señor

**Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark**

Amando a Dios y a Nuestro Próximo

Gracias a Dios, a partir del 20/21 de junio, nuestras iglesias han entrado en la Fase III del proceso de reapertura, y estamos empezando a ver algo de luz al final del túnel. Sin embargo, no deberíamos engañarnos. La pandemia sigue siendo un problema serio—mortal—especialmente para los más vulnerables.

Debemos tener en cuenta que nuestras razones para cerrar el pasado mes de marzo no fueron frívolas ni innecesariamente cautelosas. Especialmente aquí en Nueva Jersey, hemos visto los efectos devastadores del coronavirus. ¡Imagínense lo mucho peor que habría sido si no hubiéramos actuado!



Por lo tanto, a medida que reanudemos gradualmente nuestras actividades litúrgicas y sacramentales, por favor observen atentamente todas las regulaciones necesarias y las directivas de distanciamiento social que se describen en el sitio web de rcan.org. Estas incluyen lo siguiente:

- Limitar el número máximo de participantes para Misas públicas, Funerales, Bautizos y Bodas.
- Observar todas las directivas sobre distanciamiento social, uso de mascarillas y desinfección para la Fase Uno y la Fase Dos del proceso de reapertura.
- Reconocer que los fieles siguen siendo dispensados de la obligación de asistir a Misa los domingos y Días de Precepto.
- Las parroquias continuarán transmitiendo la Misa en vivo para que aquellos que no puedan asistir puedan mantener una conexión espiritual con su parroquia local.

Queremos siempre ser buenos prójimos que se estiman y respetan unos a otros, especialmente a las personas más vulnerables de nuestras comunidades. Es por eso que instamos a todos a ser conscientes de nuestra gran responsabilidad por la salud y el bienestar de todos.

En un número reciente de este boletín (#19, 5 de junio de 2020), hice esta observación:

El Amor a Dios y el Amor al Prójimo son los dos grandes mandamientos que nos ha dado nuestro Redentor. Nada es más importante. Nada debe interponerse en el camino de nuestra completa e incondicional observancia de estas Leyes de Amor.

Pero, como también expresé, la pregunta que hacemos invariablemente (consciente o inconscientemente) es "¿Quién es mi prójimo?" ¿A quién debemos amar especialmente cuando estamos en medio de una pandemia que amenaza nuestra salud, nuestro bienestar económico y nuestra tranquilidad? Y cuando estamos experimentando un profundo malestar social causado por el resurgimiento del racismo y la violencia en comunidades a través de nuestro país.

En ese mismo número, pregunté:

¿Cómo podemos ser buen prójimo con aquellos que están fuera de nuestro círculo íntimo cuando se nos exige practicar el distanciamiento social y poner nuestras propias necesidades en primer lugar? ¿Cómo podemos resistir la tentación de ser egoístas e indiferentes a las necesidades de aquellos que no vemos y no podemos tocar?

La Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral del Vaticano publicó recientemente nuevas directrices para responder a los desafíos de ayudar a las personas desplazadas internamente (PDI). Se trata de hombres, mujeres y niños sin hogar, ya sea por desastres naturales o conmoción política, que han permanecido en sus propios países y no han cruzado ninguna frontera internacional. Debido a que, hablando en sentido estricto no son migrantes ni refugiados, los desplazados internos no tienen acceso a los esfuerzos internacionales de socorro. Con demasiada frecuencia, se encuentran entre los miembros más indefensos y olvidados de la familia humana.

Las directrices del Vaticano, tituladas "Orientaciones Pastorales sobre los Desplazados Internos", tienen la intención de proporcionar una serie de consideraciones clave que pueden ser útiles en la planificación pastoral y el desarrollo de programas para la asistencia efectiva a los desplazados internos. Ofrecen sugerencias y orientación para la acción basadas en cuatro palabras: *acogida, protección, promoción e integración*. El Papa Francisco ha propuesto estos cuatro conceptos con respecto a los migrantes y refugiados, y ahora se están aplicando a los desplazados internos.

Que siempre extendamos a los demás la misma *acogida* que Cristo extendió a los forasteros. Que hagamos lo que sea necesario para proteger a este prójimo más vulnerable. Que todos trabajemos juntos para promover los intereses de los desplazados internos. Que busquemos y encontremos maneras de integrarlos en la corriente principal de nuestra sociedad como verdaderos hermanos y hermanas en Cristo.

Que la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de las Américas, nos inspire a encontrar a Cristo en nuestro prójimo, para que podamos unirnos en nuestra diversidad, como miembros de la familia única de Dios.



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza

**MENSAJE DE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO
POR EL 106 Día Mundial de los Migrantes y Refugiados
27 de septiembre del 2020**

Como Jesucristo, obligados a huir.

Acoger, proteger, promover e integrar a los desplazados internos.



A principios de este año, en mis Palabras a los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, señalé la tragedia de los desplazados internos como uno de los desafíos de nuestro mundo contemporáneo: «Las situaciones de conflicto y emergencias humanitarias, agravadas por las perturbaciones del clima, están incrementando el número de desplazados y repercuten sobre personas que ya viven en un estado de pobreza extrema. Muchos países golpeados por estas situaciones carecen de estructuras adecuadas que permitan hacer frente a las necesidades de los desplazados» (9 de enero de 2020).

La Sección Migrantes y Refugiados del Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral ha publicado el documento “Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Internos” (Ciudad del Vaticano, 5 de mayo de 2020), el cual se propone inspirar y animar el trabajo pastoral de la Iglesia en este ámbito concreto.

Por ello, decidí dedicar este Mensaje al drama de los desplazados internos, un drama a menudo invisible, que la crisis mundial causada por la pandemia del COVID-19 ha agravado. De hecho, esta crisis, debido a su intensidad, gravedad y extensión geográfica, ha impactado en muchas otras emergencias humanitarias que afectan a millones de personas, relegando a un segundo plano en las agendas políticas nacionales, aquellos esfuerzos internacionales urgentes y esenciales para salvar vidas. Pero “este no es tiempo para olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que traen sufrimiento a muchas personas” (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 de abril de 2020).

A la luz de los trágicos acontecimientos que han marcado el año 2020, extendiendo este Mensaje, dedicado a los desplazados internos, a todos los que están experimentando situaciones de precariedad, abandono, marginación y rechazo a causa del COVID-19.

Quisiera comenzar refiriéndome a la imagen que inspiró al papa Pío XII en su Constitución Apostólica *Exsul Familia* (1 de agosto de 1952). Durante la huida a Egipto, el niño Jesús experimentó junto a sus padres la trágica condición de desplazado y refugiado, “marcada por el miedo, la incertidumbre, las incomodidades (cf. Mt 2,13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden identificarse con esta triste realidad. Casi a diario la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, la guerra, y otros graves peligros, en busca de seguridad y de una vida digna para ellos y para sus familias” (*Ángelus*, 29 diciembre 2013). En cada una de estas personas, obligadas a huir para salvarse, Jesús está presente como lo hizo en

tiempos de Herodes. Estamos llamados a reconocer en los rostros de los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos, forasteros y prisioneros, el rostro de Cristo que nos interpela pidiendo ayuda (cf. Mt 25,31-46). Si lo reconocemos en esos rostros, seremos nosotros quienes le agradeceremos el haberlo conocido, amado y servido en ellos.

Los desplazados internos nos ofrecen esta oportunidad de encuentro con el Señor, “incluso si a nuestros ojos les cuesta trabajo reconocerlo: con harapos, con los pies sucios, con el rostro desfigurado, con el cuerpo llagado, incapaz de hablar nuestra lengua” (Homilía, 15 febrero 2019). Se trata de un reto pastoral al que estamos llamados a responder con los cuatro verbos que señalé en el Mensaje para este Día en 2018: acoger, proteger, promover e integrar. A estas palabras, quisiera añadir ahora otras seis parejas de verbos, que se corresponden a acciones muy concretas, vinculadas entre sí en una relación de causa y efecto.

Es necesario *conocer para comprender*. El conocimiento es un paso necesario hacia la comprensión del otro. Lo enseña Jesús mismo en el episodio de los discípulos en el camino a Emaús: “Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos. Pero aunque lo veían, algo les impedía darse cuenta de quién era” (Lc 24,15-16). Cuando hablamos de migrantes y desplazados, nos limitamos con demasiada frecuencia a las estadísticas. ¡Pero ellos no son números, sino personas reales! Si vamos a su encuentro, podremos conocer más sobre ellos. Y si conocemos sus historias, lograremos comprenderlos. Podremos comprender, por ejemplo, que la precariedad que hemos experimentado a causa de la pandemia es un elemento constante en la vida de los desplazados.

Es necesario *acercarse para servir*. Parece algo obvio, pero a menudo no lo es. “Pero un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verlo, sintió compasión. Se acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino, y le puso vendas. Luego lo subió en su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó” (Lc 10,33-34). Los miedos y los prejuicios —tantos prejuicios—, nos hacen mantenernos distantes de otras personas y a menudo nos impiden “convertirnos en su prójimo” y servirles con amor. Acercarse a otros significa, a menudo, estar dispuestos a correr riesgos, como nos han enseñado tantos médicos y personal sanitario en los últimos meses. Esa disponibilidad de estar cerca y servir, va más allá del estricto sentido del deber. El ejemplo más grande nos lo dejó Jesús cuando lavó los pies de sus discípulos: se quitó el manto, se arrodilló y se ensució las manos (cf. Jn 13,1-15).

Para *reconciliarse* se requiere *escuchar*. Dios mismo nos lo enseña enviando a su Hijo al mundo. Él quiso escuchar con oídos humanos el clamor de la humanidad que sufre: “Pues Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que cree en él [...] tenga vida eterna» (Jn 3,16-17). Un amor que reconcilia y salva empieza escuchando. En el mundo de hoy se multiplican los mensajes, pero se está perdiendo la capacidad de escuchar. Sólo a través de una escucha humilde y atenta podremos llegar a reconciliarnos de verdad. En 2020, el silencio se apoderó por semanas enteras de nuestras calles. Un silencio dramático e inquietante, que, sin embargo, nos dio la oportunidad de escuchar el grito de los más vulnerables, de los desplazados y de nuestro planeta gravemente enfermo. Escuchando tenemos la oportunidad de reconciliarnos con el prójimo, con todos los que han sido “descartados”, con nosotros mismos y con Dios, que nunca se cansa de ofrecernos su misericordia.

Para *crecer* es necesario *compartir*. Para la primera comunidad cristiana, la acción de compartir era uno de sus elementos esenciales: “Todos los creyentes, que eran muchos, pensaban y sentían de la misma manera. Ninguno decía que sus cosas fueran solamente suyas, sino que eran de todos” (Hch 4,32). Dios no quiso que los recursos de nuestro planeta beneficiaran solo a unos pocos. ¡Esta no era la voluntad del Señor! Tenemos que aprender a compartir para crecer juntos, sin dejar detrás a nadie. La pandemia nos ha recordado que todos estamos en el mismo barco. Darnos cuenta de que tenemos las mismas preocupaciones y temores nos ha demostrado una vez más que nadie se salva solo. Para crecer realmente, debemos crecer juntos, compartiendo lo que tenemos, como ese muchacho que le ofreció a Jesús cinco panes de cebada y dos peces... ¡Y fueron suficientes para cinco mil personas! (cf. Jn 6,1-15).

Necesitamos *involucrarnos* para *promover*. Así hizo Jesús con la mujer samaritana (cf. Jn 4,1-30). El Señor se acercó, la escuchó, habló a su corazón, para después guiarla hacia la verdad y transformarla en anunciadora de la Buena Nueva: “Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Mesías?” (v. 29). A veces, el impulso de servir a los demás nos impide ver sus verdaderas riquezas. Si queremos realmente promover a las personas a quienes ofrecemos asistencia, tenemos que involucrarlas y hacerlas protagonistas de su propia redención. La pandemia nos ha recordado cuán esencial es la corresponsabilidad y que sólo con la colaboración de todos —aun aquellos grupos a menudo subestimados— es posible encarar la crisis. Debemos encontrar “el coraje para crear espacios donde todos puedan sentirse convocados, y permitir nuevas formas de hospitalidad, fraternidad y solidaridad» (*Meditación en la Plaza de San Pedro*, 27 marzo 2020).

Es necesario *colaborar* para *construir*. Esto es lo que el apóstol Pablo le dice a la comunidad de Corinto: “Hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo les ruego que todos estén siempre de acuerdo y que no haya divisiones entre ustedes. Vivan en armonía, pensando y sintiendo de la misma manera” (1 Co 1,10). La construcción del Reino de Dios es un compromiso común de todos los cristianos, y por eso se requiere que aprendamos a colaborar, sin dejarnos tentar por los celos, la discordia y la división. Y en el actual contexto, es necesario reiterar que: “Este no es un tiempo para egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos, sin distinción de personas” (*Mensaje Urbi et Orbi*, 12 abril 2020). Para preservar el hogar común y hacer todo lo posible para que se parezca, cada vez más, al plan original de Dios, debemos comprometernos a garantizar la cooperación internacional, la solidaridad global y el compromiso local, sin dejar fuera a nadie.

Roma, San Juan de Letrán, 13 de mayo de 2020, Conmemoración de la Santísima Virgen María de Fátima.

Mi Oración para Ustedes

Deseo hacer mía esta oración ofrecida por el Papa Francisco en nombre de los migrantes, refugiados y desplazados internos:

Padre, Tú encomendaste a San José lo más valioso que tenías: el Niño Jesús y su Madre, para protegerlos de los peligros y de las amenazas de los malvados.

Concédenos, que podamos experimentar su protección y ayuda. Que Él, que compartió el sufrimiento de quien huye del odio de los poderosos, consuele y proteja a todos nuestros hermanos y hermanas que, empujados por las guerras, la pobreza y las necesidades, abandonan su hogar y su tierra, para ponerse en camino, como refugiados, hacia lugares más seguros.

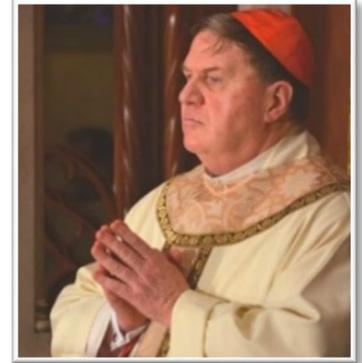
Ayúdalos, a través de la intercesión de San José, a encontrar fuerza para seguir adelante, consuelo en la tristeza, y valor en medio de las dificultades.

Concede a quienes los acogen un poco de la ternura de este padre justo y sabio, que amó a Jesús como un verdadero hijo y apoyó a María en cada paso del camino.

Que él, que se ganaba el pan con el trabajo de sus manos, proteja a aquellos a quienes la vida les ha quitado todo, y les de la dignidad de un trabajo y la serenidad de un hogar.

Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, a quien San José salvó al huir a Egipto, y confiando en la intercesión de la Virgen María, a quien amó como esposo fiel según tu voluntad. Amén.

Padre amoroso, durante este tiempo de crisis mundial, ¿cómo podemos caminar con nuestros hermanos y hermanas migrantes, refugiados y desplazados internos? ¿Cómo podemos compartir su camino? Señor, muéstranos cómo seguir tus pasos mientras caminas con aquellos que no tienen lugar al que llamar hogar.



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

